La Ley de Acción y Reacción

CONFERENCIA

DE

A N N I E   B E S A N T

TRADUCIDA DE LA SEGUNDA
EDICION INGLESA
POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

PUBLICACION DE LA

"FRATERNIDAD ROSA CRUZ ANTIGUA"

PARA DISTRIBUCION GRATUITA
APARTADO NACIONAL 1416

BOGOTA — COLOMBIA

LA MAGIA DEL LIBRO

Carece de emociones, pero las comunica; no piensa, pero obliga a pensar; no ama, pero nos hace sentir el amor; no desea, pero despierta recónditas aspiraciones; no cree en nada, pero nos hace fluctuar en relativas aceptaciones; no es nada, si no lo leemos, pero es demasiado si lo leemos y meditamos su contenido. En su esencia, es el más perfecto de los amigos y el más sincero de todos. ¡Los que no le quieren, son muy inconscientes! los que le aman, marchan por el sendero del ennoblecimiento y de las grandes superaciones humanas.

RAGHOZINI

La Ley de Acción y Reacción

Antes de resolver satisfactoriamente el problema de la reencarnación es indispensable tratar de la ley de causalidad, aunque si bien este término sea familiar a quienes estén algo versados en la literatura y ciencia de Occidente, no es el más adecuado al hecho natural que se desea expresar. Emerson lo definió mejor al decir que con toda acción van unidos sus resultados, y según él no hay diferencia ni línea divisoria entre el aspecto superior de la actividad, o sea la acción, y el aspecto inferior, o sea la reacción, a la cual llamamos consecuencia de aquélla. Ambos aspectos, el visible y el invisible son realmente partes de una misma cosa, y el señor Buddha lo expresó gráficamente diciendo que tan imposible era separar la acción de sus resultados, como el sonido del tambor mismo. Cuando se golpea el tambor produce sonido, y cuando se ejecuta una acción, la precede algo invisible a que llamamos causa o motivo, y la sigue también un algo a que llamamos consecuencia o resultado. Pero consi-

deradas filosóficamente, son partes de una sola actividad, y por esto los filósofos indos han empleado siempre la única palabra Karma, que significa acción, para expresar el positivo enlace o, mejor dicho, identidad entre los aspectos visibles e invisibles de toda actividad.

En cuanto a la certeza del karma es indudable en el mundo físico. Nadie que haya estudiado alguna ciencia negará las leyes de la naturaleza. Estas leyes no son mandatos, pues no nos ordenan que hagamos esto o lo otro, sino que son sencillamente afirmaciones de ciertos fenómenos enlazados en series, de modo que cuando uno de ellos ocurre, se siguen invariablemente tal o cual otro. Esta segura consecuencia es una **ley natural** cuyo conocimiento científico está basado en innumerables observaciones y experiencias. Por lo tanto, una ley natural no es más que una sucesión de fenómenos. Preciso es comprender claramente este concepto para la completa comprensión del karma.

Según he dicho, ninguna ley natural se ha de tomar en el sentido de "mandato". Las leyes que decretan los Parlamentos y sancionan los monarcas son mandatos para hacer u omitir determinada acción, y la penalidad por su quebrantamiento es arbitraria, pues no hay relación entre el delito prohibido por el código y la pena impuesta al delicuente. El legislador la señala según su criterio, sin enlace con la culpa.

Pero no sucede lo mismo respecto a una ley de la naturaleza. No hay mandato sino tan solo positiva consecuencia, y la penalidad subsiguiente a su menosprecio es inevitable y natural. Una ley de la naturaleza no puede infringirse; tan solo cabe menospreciarla, y los resultados de este menosprecio son inevitables. Una ley natural solo significa que cuando se establecen determinadas condiciones, doquiera que sea, se siguen de ellas otras condiciones también determinadas. Si sembramos arroz, cosecharemos arroz y no cebada; pero la naturaleza no nos manda sembrar precisamente arroz o cebada. Nos deja en completa libertad de sembrar lo que nos parezca, y la ley de la naturaleza se advierte en la positiva relación entre la siembra y la cosecha. A quien necesite arroz, le será inútil sembrar cebada o cardos. Tal es el karma.

También lo afirma inconfundiblemente las Escrituras cristianas, al decir: "No os engañéis. Nadie puede burlarse de Dios. Lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará". Esto es karma, ni más ni menos. Y al pensar en las leyes de la naturaleza en el plano físico, si apreciamos su significado y comprendemos lo que entrañan, no tendremos dificultad alguna en ampliar la idea a los planos mental y espiritual. Para dar a entender la continuidad de acción en los planos mental y espiritual se emplea la palabra karma en las obras induistas, budistas y teosóficas. Todos los mundos están relacionados y en todos rige la ley o sea el karma. Es una consecuencia invariable que nada tiene de común con el mandato. Deja a cada cual en completa libertad de elección; pero declara que esto o lo otro sobrevendrá inevitablemente a consecuencia de la elección, de suerte que, sea lo que sea lo elegido, habrá de aceptar la inevitable consecuencia. Esta afirmación expuesta en el mundo físico por un científico, inducirá a un ignorante a creer que no es ente libre y nada puede hacer. Si enunciamos escuetamente una ley natural, el ignorante podrá pensar: "La naturaleza ha establecido tal o cual con-

dición; y por lo tanto yo no puedo obrar contrariamente".

Pongamos por caso la ley de gravitación (una modalidad particular de la ley general de atracción) según la cual todos los cuerpos tienden a moverse hacia el centro de la tierra. El ignorante podría creer que todas las cosas han de moverse en este sentido, y colocado al pié de una escalera pudiera decir: "La ley de gravitación me prohibe moverme en sentido contrario al centro de la tierra, y por lo tanto no puedo subir por la escalera". Pero, ¿cómo es posible subir? Oponiendo a la fuerza natural que nos empuja hacia el centro de la tierra, otra fuerza, la muscular, que nos permita ascender en sentido contrario. Esta es otra fundamental idea que debemos asimilarnos. Aunque hay la tendencia de ir hacia el centro de la tierra, no podemos levantarnos de la superficie sino por medio de otra fuerza igualmente natural. No quebrantamos la ley de la gravitación, sino que notamos su actuación en el esfuerzo que hacemos para contrariarla. Este esfuerzo corobora la verdad de la científica proposición de que no podemos quebrantar una ley de la naturaleza. Para bajar por la escalera no necesitamos esfuerzo porque la ley de gravitación nos ayuda. Así veremos, según adelantemos en el estudio, la verdad de una afirmación que al principio parecía paradójica, o sea de que, por ser las leyes inviolables, el hombre puede actuar libremente entre ellas, con la única condición de conocerlas y comprenderlas, pues, de lo contrario, será su esclavo. En la exacta proporción de nuestro conocimiento, seréis libres en medio de las fuerzas de la naturaleza. Podéis confiar en su actuación y calcular su resultado, porque obran in-

variablemente, y por lo tanto, cabe contar con ellas, neutralizar las que estorben y utilizar las que nos auxilien. Precisamente a causa de estar la naturaleza henchida de fuerzas que actúan en todas las direcciones posibles, le cabe al hombre dominar a la naturaleza por medio del conocimiento. Este es otro punto de evidente realización en el plano físico.

Un insigne científico dijo con profunda verdad: "A la naturaleza, se le vence por medio de la obediencia". Nadie puede luchar victoriosamente contra la naturaleza, pues es demasiado poderosa para anular las débiles fuerzas del hombre; pero es posible lograr que haga cuanto queramos si comprendemos las leyes de su actuación. Quien las comprenda será su dueño; y por estar el mundo regido por leyes, han sido posibles los admirables triunfos de la ciencia durante el pasado siglo, pues de lo contrario, las fuerzas de la naturaleza escaparían a todo cálculo y no podríamos proceder en nada con seguridad, porque de continuo ocurrirían accidentes imprevistos, sin saber nunca lo que podíamos esperar. Pero como las leyes son inmutables, por lo mismo son calculables y comprensibles; y en consecuencia, en un mundo regido por leyes inmutables, el hombre es, mediante su razón, un agente libre, capaz de someter las leyes a su servicio y obligarlas a hacer lo que él no podría por sí solo. Aquí está el secreto de la famosa frase de Emerson. "Unce tu carro a una estrella". La fuerza simbolizada por la estrella moverá nuestro carro, cualquiera que sea su peso. El hombre no es siervo ni esclavo de la naturaleza, sino que está rodeado de cognoscibles y determinables fuerzas, las cuales pueden gobernar y

utilizar por el conocimiento. En medio de esta red de inmutabilidad es capaz de lograr su propósito seguro de que la naturaleza no le fallará jamás ni se apartará de su invariable camino. Si el hombre fracasa es porque no ha evocado debidamente a la naturaleza, porque su conocimiento es imperfecto, y esta imperfección le ha perdido.

¿Es posible transferir a los dominios de la inteligencia y de la moral y esta inmutable e infrangible seguridad y certeza de la ley? Las religiones antiguas lo afirman, y también algunas de las modernas, aunque no tan clara y rotundamente. Si en efecto sucede así, entonces el hombre es dueño de su destino, porque puede actuar en los mundos donde se modela el porvenir y convertirse en lo que quiera ser. Mas para ellos es necesario tan detenido estudio como en la ciencia del mundo físico, para conocer los métodos de aplicar las leyes de suerte que produzcan los apetecidos resultados.

La general ley de acción comprende tras leyes subalternas: 1ª—El pensamiento es la fuerza constructiva del carácter. Cada cual es según piensa. 2ª—Que la fuerza llamada deseo o voluntad (dos modalidades de la misma fuerza) liga a la persona con la cosa deseada y la mueve a ir al lugar donde puede encontrarla para satisfacer su deseo. 3ª—Que la dicha o infortunio de que seamos causantes en el prójimo nos allegará respectivamente dicha o infortunio.

Ya dijimos en otra conferencia que la acción y la reacción son iguales y opuestas. Si el hombre conoce las tres leyes anteriores y sabe aplicarlas, será dueño de su porvenir y labrará su propio destino. En vez de quedar desamparado, como lo estaría según la hipótesis de una especial creación

para cada alma, o según la de moral y mental herencia de sus antepasados, es capaz de determinar su porvenir en exacta proporción de su conocimiento y de su voluntad. No diré como actúan estas leyes, porque sin conocerlas ni saber aplicarlas de nada serviría la explicación por muy racional que fuese.

1ª —**El pensamiento forma el carácter.** Se puede comprobar esta afirmación, ya por la autoridad del pasado, que la expone reiteradamente en todas las Escrituras sagradas del mundo, ya por experiencia propia, y este último es el mejor procedimiento resultante de la personal experiencia. El argumento de autoridad es muy claro en este punto. Dice el **Chhándogyopanishad:** "El hombre está creado por el pensamiento; el hombre se convierte en lo que piensa". Lo mismo dijo Salomón: "Como un hombre piensa en su corazón, así es". Análoga idea se halla en el **Bhagavad-Gitá:** "El hombre consiste en su fe; tal como es su fe, así es él".

Cinco mil años más tarde, el profesor Bain también señaló la conducta como testimonio de la creencia. Podría citar otras muchas máximas en demostración de que todas las Escrituras del mundo están acordes en este punto. Por doquiera encontramos expuesto el mismo principio. Pero si realmente es una ley de la naturaleza, ha de estar sujeta y ser capaz de comprobación, porque toda verídica afirmación de una ley de la naturaleza puede comprobarse por la experiencia individual, y así sucede con la que acabamos de exponer. Quien desee saber con absoluta seguridad si el pensamiento forma el carácter, que haga la prueba. El medio de probarlo es muy sencillo y demuestra en poco tiempo la verdad de la ley. Digo esto porque las

gentes del día van siempre apresuradas; pero recordemos que no es posible adquirir sin paciencia y esfuerzo conocimientos de primera mano. Supongamos que deseas saber si os es dable reformar el carácter por medio del pensamiento y eliminar el egoísmo o cualquiera otra flaqueza, por ejemplo, la irascibilidad, que no es un crimen sino una flaqueza muy común en las gentes, no volváis a pensar más en ello, porque como el pensamiento forma el carácter, al pensar en una flaqueza, la avivaréis y acrecentaréis, por lo que, pensando en vuestra irascibilidad, os haríais más irascibles y fortaleceríais esta indeseable característica. En vez de pensar en la ira, pensar en la paciencia, su contraria virtud. Pensad en la paciencia, unos cinco minutos cada mañana, pero sin faltar ni un solo día. No penséis una vez para luego dejar de pensar durante tres o cuatro días y volver a pensar después, porque la irregularidad invalidará vuestra obra y haréis como el soldado que marca el paso sin moverse de su sitio. Es preciso persistir en el ejercicio, porque es un experimento científico. Por lo tanto, pensad cada mañana cinco minutos en la paciencia. Valeos para ello del procedimiento que gustéis y variadlo si os place, pues no importa la manera de pensar con tal de pensar en la paciencia. Un excelente procedimiento es imaginaros perfectos modelos de paciencia o de la virtud que tratéis de cultivar. Pensad después en las personas de más agresivo carácter con quienes soláis encontraros e imagináoslas provocándoos como acostumbran siempre que os encuentran. Representaos que os agravian de mala manera e imaginaos que os mantenéis absolutamente pacientes e inconmovibles ante todas sus provocaciones. Que no haya en vuestro pensamiento el menor resquicio por

TRANSMUTACIÓN

donde pueda penetrar la irascibilidad. Sea cual sea la provocación que imaginéis por parte del agresor, debéis manteneros paciente en aquella vuestra representación mental. Repetid este ejercicio con cuantas variaciones gustéis durante siete semanas, y echaréis de ver que el pensamiento de paciencia acude a vuestra mente durante el día, sin neecsidad de evocarlo. Esta será la primera señal de que hace su obra vuestro matutino pensamiento. Habréis acostumbrado a la mente a pensar en la paciencia. Al principio, cuando os acometa un ligero acceso de irascibilidad, el pensamiento matutino se afirmará muy luego y exclamaréis: "O! debí haber sido paciente". Persistid en el empeño hasta que el pensamiento en la paciencia **coincida con la provocación** y seáis pacientes mediante el esfuerzo para serlo. Pero perseverad todavía más hasta que el pensamiento en la paciencia os acuda **antes** de la provocación, y ésta se desvanezca ante el hábito mental de paciencia. Proseguid así hasta que al cabo de unos cuantos meses (el tiempo dependerá de la fuerza de vuestro pensamiento) hayáis asimilado la paciencia a vuestro carácter y ya no sufráis la menor irascibilidad por provocación alguna. Se que esto es verdad, porque yo misma lo he experimentado. Antes era naturalmente irascible, y sin embargo, ahora soy muy paciente. Probadlo todos de hacerlo así, y os convenceréis de que el pensamiento forma el carácter. De esta manera podremos ir eliminando flaquezas. Podréis construír vuestro carácter con tanta precisión como el albañil levanta ladrilo tras ladrillo una pared, demostrando la exactitud de la ley operante, igualmente en el mundo físico y en el mental, de que el hombre es según piensa.

Si hacéis este sencillo experimento y teniendo

HABITOS NUEVOS

en cuenta la importancia de la cuestión le sacrificáis cinco minutos diarios durante unos cuantos meses, adquiriréis este poder. Entonces, por lo que respecta el carácter, sabréis cómo construírlo y el éxito será cuestión de tiempo y decidido esfuerzo. ¿No vale esto muchísimo más que ir suspirando toda vuestra vida: "Oh!, yo quisiera ser bueno", y sin embargo caer cada día en las mismas faltas? No hay otro medio seguro. El poder del pensamiento es el poder de la creación. Dios creó los mundos por su divino pensamiento. Nosotros creamos nuestros diminutos mundos por nuestro humano pensamiento. No hay en el universo otro poder creador, y si los hombres conocieran y aprovecharan este poder, sería su evolución mucho más rápida de lo que es.

2ª — Sigue luego el deseo. **El deseo atrae juntamente al deseador y al deseado.** Esta afirmación no parecerá de pronto tan clara como la anterior; y sin embargo, el deseo, forma invertida de la voluntad, es la única fuerza motora que en el universo existe. Por doquiera la vemos en su aspecto de atracción. La observamos en las afinidades y repulsiones químicas; en el imán que atrae al hierro dulce; en las fuerzas de cohesión, disgregación, atracción y repulsión. Es la duple fuerza de la naturaleza, la única fuerza motora. Cuando la ejercen en nosotros los objetos exteriores, podemos llamarla deseo. El deseo de poseer esto o lo otro. Mientras os veáis atraidos o repelidos por los objetos exteriores, os hallaréis en el voluble estado de conciencia de que os hablé antes, corriendo en pos de tal objeto, asiendo uno tras otro en vagabunda inconstancia. Pero cuando en vez de ser juguete del deseo de los objetos exteriores, dirigen

la misma fuerza desde dentro, no los objetos exteriores sino las acopiladas experiencias discernidas por la razón, entonces la llamamos voluntad.

La diferencia entre un carácter débil y otro enérgico, es que el primero cede sin resistencia a la atracción de los objetos exteriores, y no es posible confiar en él, mientras que el otro está movido por internas experiencias que deciden su conducta entre los objetos atractivos y repulsivos, y se puede confiar en él. Hay en nosotros la fuerza del deseo, idéntica a la magnética, que nos mueve hacia los objetos atrayentes, como el pedazo de hierro dulce hacia el imán. Esta atracción tiene por motivo la unidad de vida en todas las cosas, pues las vidas separadas por sus diversas formas intentan de continuo reunirse. Todos los seres propenden a atraerse o a repelerse, tanto los animados como los inanimados, si hemos de emplear los términos comunes. Todo lo que deseáis poseer, queda atraído a vosotros por este deseo, y a veces así sucede aún en los límites de una corta vida. Cuando el hombre pone su deseo en un objeto, propende éste a caer en sus manos. Si alguien tiene vivísimos deseos de visitar un país, probablemente se le ofrecerá antes de morir la ocasión de visitarlo. Al considerar el más amplio campo de muchas vidas, entonces se advierte el tremendo poder del deseo, que arrastra al hombre al lugar donde pueda lograrlo, que lo coloca en el punto donde llegue a su alcance el objeto por tanto tiempo deseado. Así el deseo establece nuestras oportunidades. El deseo nos atrae los objetos y nos lleva a los sitios en donde podemos alcanzarlos. Tal es la segunda ley subalterna.

Todo esto entraña una amonestación. **Id alerta**

con lo que deseéis. Sirva de ejemplo el más vulgar deseo: el de dinero. Ved al hombre que amasa una inmensa fortuna. Después de acopiada no sabe que hacer de ella y se le convierte en pesadumbre. Así sucede con la más común frecuencia. Pasó la mayor parte de su vida en amontonar riquezas y al fin se ve descorazonado y abatido.. Mientras persiste en su mente el contraste entre la pasada pobreza y la presente riqueza, le causa intenso gozo su buena fortuna; pero gradualmente se habitúa a su inmenso poder de adquisición hasta que le abruma lo adquirido. En esta lucha y en su consiguiente hastío subyace todo el secreto de la evolución. El hombre se esfuerza en lograr su deseo, y a poco de lograrlo, se desvanece la ilusión y ya no le satisface. Por medio de estos juguetes que de tal suerte nos atraen, induce Dios a sus hijos a hacer los esfuerzos necesarios para educir sus latentes potencias. Divinas. Los triunfos de la vida no aprovechan por el gozo, que entrañan una vez obtenidos, sino por el esfuerzo a que estimulan para obtenerlos. Así es que nada hay peor para el progreso de un hombre que perder todo el deseo cuando aún su voluntad de conformarse con la Voluntad de Dios no ha sucedido al deseo de personal posesión. Sin deseo se aletarga, se inutiliza y no ejercita su voluntad.

En todo hay inevitable desengaño, excepto en la realización del Yo; y as dijo enérgica y hermosamente Jorge Herbert:

Cuando Dios hizo al hombre, tenía junto a sí una redoma llena de dones, y exclamó: "Derramaré sobre él todo cuanto pueda, y que las riquezas del mundo queden concentradas en un instante".

Dióle primero la fortaleza y después siguieron la belleza, la sabiduría, el poderío y el placer. Cuando ya le había otorgado muchos dones, se detuvo Dios al notar que de todo Su teroro solo quedaba el sosiego en el fondo de la redoma, y exclamó: "Si también le concedo esta joya a mi criatura, adorará mis dones en vez de adorarme a Mí. Por lo tanto, no le daré sosiego, sinó por el contrario le infundiré incesante inquietud. Que sea rico y se hastíe, para que si la bondad no le mueve, al menos que el cansancio lo traiga por fin a mi pecho".

Todo fracasa menos lo divino, y cuando lo prueba todo y nada le satisface cumplidamente, se convence el hombre de su divinidad, y entonces, y solo entonces, halla descanso y paz.

3ª — **Según des felicidad o miseria a los demás, así cosecharás para tí felicidad o miseria.** De conformidad con el efecto de nuestra acción sobre los demás, sobreviene análoga acción en nosotros. Esta ley esclarece algunos problemas de la vida. A veces vemos un hombre rodeado de lujos y sin embargo de mal carácter. ¿Por qué le ha favorecido la fortuna si es egoísta y enteramente repulsivo? La virtud no allega de por sí riquezas, pues su recompensa, como dice Tennyson, es "progresar y nunca morir".

Supongamos que un hombre se desprende de una considerable cantidad de dinero con destino a parques u hospitales de una población, no por amor a los pobres, sino porque así espera merced de un título de nobleza. ¿Cuál es su verdadera acción y qué resultados producirá? El parque proporciona esparcimiento a millares de gentes, y el hospital devuelve la salud a millares de enfermos.

El resultado de esta acción será de su misma índole, es decir, placeres, comodidades y bienestar físico de toda clase. Cosecha lo que sembró; y así como quien siembra trigo cosecha trigo, así quien siembra placer cosecha placer. Pero esto lo hizo con motivos egoístas, no con el propósito de proporcionar placer, sino con el de recibir en premio un título de nobleza. ¿Qué hizo este hombre en realidad y cuál fue el resultado? Proporcionó recreación a los pobres en el parque y alivio en el hospital. La cosecha de esta siembra serán comodidades, placeres y molicies físicas. Cosecha lo que sembró. De la propia suerte que cosecha arroz quien arroz siembra, así quien siembra comodidades, las cosecha. Pero si costeó el parque y el hospital con el propósito egoísta de lucrar con ambos ¿qué resultado tendrá esta obra? Que en la próxima vida nazca con un carácter egoísta y por lo tanto sujeto al infortunio por muchas que sean las comodidades de que esté rodeado. Parece algo paradójico que externamente haya comodidad y lujo e internamente un carácter antipático, y sin embargo la ley ha obrado con absoluta justicia. La naturaleza le ha pagado placer físico por placer físico, y por motivo egoísta carácter egoísta que entraña infortunio personal en medio de su opulencia. Toda ley actúa según su índole en inevitables consecuencias. Nada se olvida ni se omite ni se perdona. La actuación del karma explica las paradojas de la vida humana.

Quien comprenda bien estas tres leyes podrá labrar su porvenir con solo aplicarlas. Es posible formar el carácter con el pensamiento, obtener las cosas por el deseo y conseguir la felicidad física, mental y moral, proporcionándoselas a los demás.

Conocidas estas leyes y el modo de aplicarlas, veamos de solventar las dificultades que se oponen a su completa comprensión. En efecto, tantos y tan entrelazados pensamientos, deseos y acciones, deben de formar un complicadísimo telamen de vida.¿Cómo obra el pasado en el presente y cómo estos principios nos capacitarán para guiar con mayor prudencia nuestra conducta? El incompleto conocimiento de la ley kármica puede ser peligroso, porque quien no la conoce bien arriesga a resignarse con cuanto le suceda, exclamando: "¡Es mi karma!", tal como un ignorante sentado al pié de una escalera podría decirse: "No puedo subir porque la gravedad me atrae hacia el centro de la tierra".

El incompleto conocimiento del karma ha producido un paralizador efecto en muchos indostanes, que por ignorar que como todas las leyes de la naturaleza, la del karma no coacciona sino que capacita, se dejaron caer en la indiferencia, diciendo que nada podían "contra el karma". Sin embargo, no está la culpa de esta ignorancia popular acerca del karma en los autores antiguos. En el Mahabarata leemos que Yudhishthira le pregunta a Bhishma, el señor del Dharma, que qué era mejor, si el esfuerzo presente o los resultados del pasado. Bhishma explica detenidamente que el karma es consecuencia de los pasados pensamientos, deseos y acciones, y concluye por decir que el esfuerzo prevalece contra el destino.

Sin embargo, ¿cómo así cuando tantas vidas tenemos tras nosotros?, ¿cómo puede prevalecer el esfuerzo contra el destino, cuando hemos de habérnoslas en el presente con tan enorme acumula-

ción de consecuencias del pasado? Veámoslo. Consideremos ante todo los resultados de un solo día de actividad. Por la noche examinemos cuáles fueron nuestros pensamientos. Los había buenos, malos e indiferentes, y el balance resultará con muy poco saldo en bien o en mal. Lo mismo cabe decir de los deseos. Los habrá habido nobles, buenos, malos y aún ruines. Por lo tanto, la resultante de las fuerzas del deseo tendrá su magnitud, intensidad y dirección. Igual sucede con las acciones. Unas habrán beneficiado y otras perjudicado a las gentes de nuestro trato. La resultante será la diferencia entre ambas clases de acciones. Si aplicamos este cómputo a todos los días de nuestras vidas pasadas, veremos que no recae sobre nosotros en la actual una caudalosa corriente de determinada índole, sino una multitud de canalículos que fluyen en encontradas direcciones y se neutralizan unos de otros de modo que el caudal resultante es relativamente escaso.

Cabe la posibilidad de que un hombre insista tan firme y deliberadamente en tal o cual pensamiento, que lo incorpore a su carácter; pero si con la misma insistencia y deliberación piensa en lo contrario, deshará lo hecho antes. Pero en la mayoría de casos convergen hacia el individuo multitud de corrientes en distintas direcciones, con las que entremezcla durante esta vida otros pensamientos, deseos y acciones. De aquí que, a menudo, el pensamiento o deseo del momento baste para contrabalancear los opuestos e inclinar el fiel de la balanza a uno u otro. En la balanza del karma no están todos los pesos en un platillo, sino que suele haber tan poca diferencia entre ambos, que el peso de un dedo es suficiente para la inclinación. Por

esto Bhisma procuró estimular a sus oyentes al esfuerzo, diciéndoles que prevalecía contra el destino. Nuestros pasados pensamientos, deseos y acciones y la masa actual de ellos están unos en favor y otros en contra de nosotros, y ahora podemos añadir el peso que a uno u otro lado incline la balanza hasta tocar al suelo.

Verdaderamente hay casos en que el mal karma es tan unilateral y pesado, que no puede neutralizarlo el presente esfuerzo. Entonces, quien conozca la ley del karma debe luchar contra el suyo con todas sus fuerzas, pues así aminorará la pesadumbre del pasado, que obra en siniestra dirección, y no habrá de luchar tan acerbamente en el porvenir.

Supongamos que un hombre en el pasado ha codiciado siempre los bienes ajenos y tiene en esta vida una violenta inclinación al robo. Cuando le asalta la idea de robar ¿ha de decir que no le es posible vencerla? Por el contrario, ha de resistirla con todas sus fuerzas, y aunque caiga en la tentación, si repite a cada vez el esfuerzo, irá éste debilitándose hasta desvanecerse la sinistra energía. Podrá quedar hoy vencido, pero será maañna vencedor. La lección que el conocimiento del karma nos da, es que cualquiera que sea la tentación, debemos resistirla hasta la última dina de nuestra energía, y aunque los hombres juzguen acremente cada fracaso, por ignorar las luchas sostenidas, la ley

Supongamos ahora un caso en que yerran tanto kármica os acreditará en cuenta vuestros esfuerzos. en Oriente como en Occidente muchos que todavía no comprenden bien la actuación del karma.

Cuando alguien se debate contra alguna dificultad o tiene algún sufrimiento, exclama quien lo ve: "Es su karma. ¿Qué puedo yo hacer por él?". Verdad que cuantos males y sufrimientos vemos en nuestro derredor son resultados del karma, pero esto no es razón para que repugnemos el trabajar en su alivio. El pensamiento dimana de los malos pensamientos, deseos y acciones, pero esto no justifica la retención de los pensamientos, deseos y acciones que transmutarían el deseo en dicha. Así como el ayer engendró el hoy, así el hoy puede engendrar el mañana. Aún por egoísmo conviene remediar los sufrimientos kármicos del prójimo, porque si no hacemos todo cuanto nos sea posible para remediarlos, nos crearemos un karma que entrañará falta de auxilio cuando estemos en necesidad. A los clamores del angustioso no hemos de responder: "Merecido lo tiene por loco o malvado", sino que nuestro deber es ayudar. Cierto es que la justicia de Dios rige el mundo y que nadie puede sufrir nada sin merecerlo; mas por lo mismo hemos de dejar la vara de la justicia en las divinas manos que guían el mundo y no erigirnos ciegamente en intérpretes de la ley kármica en cuanto a la inflicción de sufrimientos, sino instituírnos en mensajeros del amor y misericordia de Dios para quienes sufren, pues aunque cuando la ley exige un sufrimiento nada podemos hacer para evitarlo en los demás, si podemos ser los escogidos para proporcionar consuelo kármico a quien ya haya satisfecho su deuda. ¿Rehusaremos ser agentes de la ley que nos pone por delante al afligido con objeto de que le consolemos? Si por incomprensión de la ley nos guarecemos en nuestra dureza, egoísmo e indiferencia, añadiremos el escarnio de la justicia a las culpas que ya tengamos acumuladas, y en la hora de nuestro sufrimiento no se extenderá ninguna mano en nuestra ayuda.

Este error proviene de ignorar o no comprender del todo la actuación de la ley kármica. No nos es posible evitar lo que por karma ha de sucederle a un hombre. Hemos de dejar que obre la ley, pues la Naturaleza no necesita que defendamos sus leyes. Nuestro deber es la acción. Trabajar en redimir todo cuanto sea posible, pero siempre con arreglo y en virtud de la ley; y si el karma neutraliza nuestros esfuerzos, no tendremos más remedio que someternos. El ignorante de la ley kármica se conduce a veces con mayor acierto que quien solo a medias la conoce. Un europeo desconocedor del karma se esforzará en desbaratar los obstáculos que le embaracen el camino, mientras que un indo medio enterado de la actuación de la ley se resignará con su suerte diciendo que nada puede contra el obstáculo. Ni la ignorancia absoluta ni la incompleta comprensión convienen al hombre. No es bueno desconocer la ley. Tampoco es bueno conocerla a medias, de suerte que paralicemos su acción. Conviene conocer la ley kármica y aplicarla útilmente. Toda la ley está contenida en los Shastras que han caído en olvido, y en consecuencia yerran los hombres en sus caminos.

Apliquemos la ley del karma al caso de un matrimonio, cuyo único hijo de diez y ocho años murió repentinamente. Los padres me dijieron: "¿Qué explicación tiene este karma que deja con vida a tantos desgraciados hijos de padres míseros, impotentes para criarlos, y en cambio nos arrebata a nuestro único hijo a quien podíamos dar acomodada posición social? Para responder escudriñé el pa-

sado y vi que en otra vida habían sido también matrimonio y tuvieron cuatro hijos. Murió un hermano del marido, dejando un huérfano enteramente desamparado, y el matrimonio lo prohijó para no verle perdido por las calles; pero lo trataban ásperamente, escatimándole la comida y riñiéndole de continuo, con lo que el joven, que era de temperamento delicado y anhelaba cariño, murió de pena a los diez y ocho años al ver que en vez de amor recibía aspereza. Pero en la próxima encarnación, el matrimonio volvió a serlo y tuvo por único hijo aquel mismo sobrino a quien con tan malos tratos prohijaran. Como es natural pusieron los padres en aquel hijo todas sus esperanzas y complacencias, amándolo entrañablemente, más el karma descargó su pesada mano sobre el matrimonio, arrebatándoles el hijo único a los diez y ocho años, a la misma edad en que muriera el prohijado sobrino. Así actúa el karma. No hay escape. La naturaleza no perdona ni olvida. Es preciso vencer por medio del conocimiento, para que sepamos paritear las fuerzas y neutralizar el pasado mal con el presente bien.

Estudiando de esta suerte la actuación de la ley, adquiriremos un concepto científico de la vida. Nadie se quejará al saber que él mismo es la causa de sus penas y de sus alegrías. El científico no inculpa a la naturaleza sino a su impericia cuando fracasa en algún experimento. Si hubiese dispuesto sus aparatos e ingredientes con arreglo a las leyes de la naturaleza, seguramente tuviera éxito, porque la naturaleza nunca nos engaña. Si el experimento no resulta, comprende el cintífico que el error está en él y no en la naturaleza, e indaga cuál fue su error para enmendarlo. De análoga manera in-

fluye en nuestra conducta el conocimiento del karma. No siempre podemos conocer la causa de las tribulaciones que nos sobrevienen, pero sabemos que tienen su causa, y así procuraremos afrontar del mejor modo posible las consecuencias del pasado a fin de que las contrariedades del presente nos sirvan de fundamento para un dichoso destino en el porvenir. El conocimiento del karma es un poderoso auxilio en todas las vicisituades de la vida. No hay injusticia ni parcialidad. Cada cual cosecha lo que siembra.

Acaso diga alguien que el problema del karma es de mucha dificultad filosófica y no cabe esperar que las masas populares lo comprendan; pero esto no es imposible en la India, donde los mismos labriegos nos enseñan en rústico lenguaje lo que es el karma. Saben que con su conducta pretérita determinaron la vida presente y que ahora están determinando su porvenir.

Conversaban un indo y un inglés acerca del karma. El inglés decía:

—Las gentes no pueden comprenderlo. No está al alcance del vulgo.

Pasaban entonces por una casa en construcción donde trabajaban varios peones y albañiles, y el indo respondió:

—Preguntad a cualquiera de estos hombres por qué es usted lo que es y por qué son ellos lo que son.

—No lo entenderán.

—No importa. Preguntádselo.

El inglés se acercó a un peón y le dijo:

—¿Por qué soy yo rico y está usted trabajando aquí a los ardores del sol?

—Porque en el pasado usted ganó lo que ahora es y yo gané lo que soy. Y si me porto bien, yo seré rico y dichoso en mi próxima vida, y si usted se porta mal será infortunado.

El karma influye en la vida y la obra del hombre. El peón no podía haberse expresado mejor de lo que yo me expreso, y aunque no argüía en términos filosóficos, comprendía el punto capital de la actuación kármica y a él ajustaba su conducta. No afirmaba científicamente el postulado de la ley natural, sino que se contraía a sus efectos en la vida y conducta en sucesivos nacimientos.

Nada hay que tan prácticamente gobierne la conducta de los hombres como la ley del karma. Ya dije que el incompleto conocimiento de esta ley puede paralizar su actuación; pero el remedio de este inconveniente no es borrar el escaso conocimiento que las gentes tengan de la ley, sino acrecentarlo para estimular a la acción y fortalecer la voluntad.

Respecto al deseo, hay una objeción que tal vez embarace a alguien. Parece que el deseo no está por completo bajo nuestro dominio. ¿Cómo ponderar nuestros deseos para escoger de entre ellos los que nos pongan en posesión de los objetos más a propósito para nuestra verdadera dicha? El deseo

nace de la necesidad. ¿Cómo repugnar lo que nos gusta y desear lo que nos disguta? Directamente no es posible intercambiar los deseos ni substituír unos por otros. Sin embargo, no es del todo punto imposible, porque la actividad tiene tres fases: el pensamiento, el deseo y la acción. El pensamiento acude de nuevo en nuestro auxilio. Si la desmedida apetencia de comer, beber y de goces de cualquiera índole producen engañosos resultados, no es posible refrenarlos directamente, pero si por medio del pensamiento. Examinad vuestra conducta y ved cuáles de vuestros deseos son "la matriz del dolor". Supongamos que es la gula, que apetecéis comer mucho y regalonamente. Entonces, cuando estéis en sosegada actitud mental, no en el momento del goce, reflexionad diciendo: "¿Qué consecuencia tendrá mi gula? Indigestión, torpeza, fastidio y alguna enfermedad. Refrenaré este deseo que al fin me ha de infligir sufrimiento". Así se empieza a dominar el deseo por medio de la mente, que traza el cuadro de los desastrosos efectos del vicio y engendra repugnancia por él. De propósito nos colocamos en la mental disposición de no ceder a un pasajero deleite que acarrea largos sufrimientos. Con las armas mentales combatimos el deseo, y así cabe utilizar el pensamiento para subyugar el deseo y transmutarlo. Si nos representamos vívidamente los penosos resultados del vicio y vemos que nos ha de sumir en la maldad y el sufrimiento, nos colocaremos en hostil actitud mental hacia él.

Conviene escoger científica y acertadamente nuestros deseos pensando en sus consecuencias. Podemos escoger entre gastar un duro en un libro o en un almuerzo y cuatro en el libro, porque el libro

perdura y el regalo del paladar es transitorio. La deliberada elección por medio del pensamiento es en todo ser racional el arma más eficaz contra los deseos de dolorosas consecuencias. Seguramente esto supone que la conducta ha de ser prudente y reflexiva, y en efecto, nadie que de humano se precie puede vivir como los brutos movidos por la pasión y el deseo sin pensar en el futuro. El hombre es pensador por naturaleza, según indica la raíz etimológica de la palabra hombre, derivada del sánscrito "man" que significa pensar. El hombre es pensador no solo por su nombre sino por el lugar que ocupa en la evolución, por el peldaño en que está de la escala de las vidas. Y para quienes razonan, piensan y disciernen, el conocimiento es absolutamente necesario, porque la razón de nada sirve si no tiene objetos que observar, comparar y juzgar. Por lo tanto, es indispensable estudiar la ley para conocerla, y una vez conocida, obrar de acuerdo con ella.

Tal ha sido el tema de este discurso. Expuse la ley del karma en sus tres fases relativas al deseo, pensamiento y acción. En vez de disgustaros de lo que sois, colocaos en propicia actitud mental para ser lo que deseéis ser. El pensamiento claro y vigoroso es propio del hombre racional; y así como en el mundo físico, cuando no encontramos las cosas tal como las queremos, indagamos la causa para mudarla de modo que produzca los anhelados efectos, así también el creador poder del pensamiento podrá transmutar nuestros deseos, de suerte que inviertan de mal en bien nuestras acciones, pues nuestra dicha o infortunio depende de nuestra conducta con los demás.

Al conocer la ley por medio del estudio, conducíos como seres racionales. Preparaos un destino mejor y un más noble porvenir. Recordar que así como el pensameinto es el creador poder que construye el carácter, así es el carácter el principal factor de vuestra dicha. El carácter noble, firme y entero significa un grandioso destino para el porvenir. En vuestras manos lo tenéis, si aprovecháis el poder de formar el carácter.

GRANDES HOMBRES Y LA REENCARNACION

Adopté la doctrina de la reencarnación a la edad de los 26 años. La idea se me presentó después de leer un libro de Orlando Smith. Hasta haberla descubierto, no me sentía satisfecho ni tranquilo. Estaba sin brújula, por decirlo así. Sin saber a dónde iba. Hoy se que continuamos acumulando experiencia y creciendo.

Henry Ford

Solo por medio de la reencarnación, puedo explicarme el poder y la influencia que esta mujer ejerce sobre mí. Sí, en otro tiempo fuímos marido y mujer.

Me sucede ahora que las cosas me dan, no la impresión de verlas por primera vez, sino que las vuelvo a ver.

W. Goethe

Con la doctrina de la reencarnación, ya no podemos decir: "¡Qué culpa tengo yo de haber nacido en esta época! Esta época tu ayudaste a prepararla en una existencia anterior. Procura que el mundo de mañana sea mejor, más culto, más justo, porque tu has de volver por fuerza a él, y cosecharás lo que hayas sembrado.

Dentro de algunos siglos quizás, reposes a la sombra de la encina centenaria que ayer plantaste.

Amado Nervo

Cuando yazga en la tumba diré: Terminó mi jornada y no terminé mi vida. Mi vida comenzará de nuevo otro día. Viviré más vidas futuras, continuaré mi obra, escalaré de siglo en siglo las rocas, todos los peligros, todos los amores, todas las pasiones, todas las angustias, y después de miles de ascensiones, liberado, transformado mi espíritu volverá a su fuente fundiéndose en la realidad absoluta, como el rayo de luz vuelve al sol.

Víctor Hugo

La reencarnación es la única ley que justifica el por qué de las diferencias entre los seres, haciendo ver la equidad en todos los estados de la humana existencia.

Raghozini

La muerte no es término para nosotros: en cambio es el principio de una nueva existencia, cuya suerte depende de lo que hayamos hecho en la anterior.

Walter Scott

Cada hombre es un árbol del bien y del mal, cuyas raíces se hunden en el pasado, y cuyos frutos dulces o amargos, cosechará en el porvenir.

Axioma Rosa Cruz

PRECIOSAS GEMAS DE LA SABIDURIA PARA USTED

Concepto Rosa Cruz del Cosmos	M. Heindel
Filosofía Rosa Cruz en Preguntas y Respuestas	M. Heindel
El Velo del Destino	M. Heindel
Cristianismo Rosa Cruz	M. Heindel
Sabiduría Antigua	Besannt
El Poder del Pensamiento	Besannt
Rosa Cruz	Heller
El Tatwámetro	Heller
Nuestras Fuerzas Mentales	Mulford
Logo - Sophía	I. Rojas R.
Por los Senderos del Mundo	I. Rojas R.
Los Grandes Iniciados	Schuré
El Crimen del Silencio	Marden

Adquiera el Hábito de leer, ilustrarse es progresar.